

Edita: Patronato Municipal de Cultura
de Alcázar de San Juan

D.L.: CR-179-01

I.S.B.N.: 84-87106-47-1

Dibujos: Samper

El motín
Correo 021: Parada accidental

(Cuentos Históricos)

Mariano Velasco Lizcano



Patronato Municipal de Cultura
de Alcázar de San Juan

2001

PRÓLOGO

A veces, inesperadamente, uno puede encontrarse con cosas que están destinadas a incidir en su más inmediato acontecer. Son hechos, situaciones que en otro momento quizá habrían pasado desapercibidas, pero que sin embargo, acaecidas en ese preciso instante y sin saber muy bien por qué, toman un extraño protagonismo o un especial valor en la vida de cada cual.

Pues algo así me ocurrió, precisamente, mientras ojeaba las páginas de un libro dedicado al estudio de la última Guerra de Cuba y del gran desastre colonial de 1898, porque allí precisamente, pude encontrarme con una cita de Don Francisco de Quevedo y Villegas que, casualmente, mencionaba el autor: *“Ha sido preciso conocer lo que fuimos para disculpar lo que somos y encaminar lo que pretendemos ser...”*

Esto es, para el maestro, disculpar el presente suponía conocer lo anterior, en la idea de que los hechos no ocurren porque sí, sino que hunden su génesis, su razón de ser, en un pasado que nos condiciona y nos ha hecho llegar a ser, inevitablemente, lo que somos en la actualidad.

Luego habrían de pasar ante mis ojos centenares de páginas destinadas a conocer mejor lo que fuimos. De su contenido, fueron

quedando en mi memoria hechos históricos o pseudo históricos que han venido a conformar en mi mente algo parecido a un todo de historia local.

La idea surgió entonces de forma clara y contundente: ¿Era posible recrear literariamente estos pasajes de historia local de forma que contribuyeran a un mejor conocimiento de nuestro pasado? ¿Podía hacerse esto de una forma desenfadada y coloquial?

El desafío resultaba lo suficientemente inquietante como para probar con el intento. Pero escribir *Cuentos Históricos* suponía, como mínimo, una serie de retos: el primero documentarse bien sobre la época; el segundo imaginarse como era la vida cotidiana en ese momento de la historia; después, engarzar los datos que se conocen en una trama ficticia coherente, y además, encontrar un lenguaje y unos personajes adecuados para lo que quería contar.

Yo tenía los hechos históricos: motines, asaltos carlistas, bandolerismo, epidemias, catástrofes naturales... Imaginar la vida de la época era sólo un problema de investigación; engarzar los datos en una trama ficticia verosímil era una cuestión de habilidad y encontrar los personajes, eso era cosa de ponerse a pensar...

Y tal vez fuera esta última cuestión la parte más espinosa del

asunto. Porque si iba a reflejar la historia local, tenía que utilizar nombres y apellidos lugareños, castizos de por sí, aunque de la época narrada. El mejor registro lo encontré en las lápidas del cementerio. De allí tomé, al arbitrio, una cincuentena de nombres e igual de apellidos. Luego, esos nombres y apellidos fueron combinados aleatoriamente. De esta forma surgieron los personajes que serían protagonistas de estos cuentos, de modo que cualquier parecido con seres reales, del pasado o la actualidad, no supondría sino una mera coincidencia sin ningún atisbo de verdad. Lo mismo puede decirse de los mote: se emplean algunos característicos de la localidad, pero se aplican sobre personajes ficticios, sin que, en absoluto, puedan identificar a personas o familias existentes en la realidad como si fueran ellos los protagonistas históricos de los hechos narrados. El único objetivo, pues, de esta azarosa combinación, es incidir en un localismo verosímil que a todos nos resulte familiar.

El resultado final, creo, puede ser placentero y formativo. Si esto, ajuicio del lector, es así, habré conseguido el objetivo final: dar a conocer un poco más nuestro pasado de una forma amena y coloquial. Sin más pretensiones ni literaturas.

En Alcázar de San Juan, Septiembre de 2000.

M. V. L.

El motín

*E*l suelo se encontraba cubierto por una verdosa capa de oloroso mantillo, mientras las vides, nonata esperanza de todo el pueblo, exhibían orgullosas sus pelados troncos. El frío había llegado sus fauces de forma dura y cruel.

Eusebio Zarca, alias Aragán, se afanaba en sus tareas doblados los riñones sobre las nudosas cepas y descargando uno tras otro sus certeros golpes de azadón. El sudor, pese al frío reinante, brotaba por todos los poros de su cuerpo, y el cansancio, un cansancio doloroso y sufrido, había hecho ya su aparición castigando tan desaliñada figura; pues con seguridad no había, en todo el pueblo ni quizá en un radio aún mayor, nadie con más abandono ni con más descuido hacia su propia persona que Eusebio Zarca, alias Aragán. Pero aunque ciertamente esta condición pudiera constituir una faceta negativa de su personalidad, quedaba fácilmente compensada por un carácter extraordinariamente afable, alegre y conciliador; tanto, que el Aragán era un hombre apreciado y querido, alguien con el que toda la vecindad gustaba de estar. Tenía además - todo sea dicho - como un don especial para conocer y juzgar de las intenciones y del ser de sus paisanos; de forma que a él, según sus propias palabras: *“Pocos eran los que se la podían dar”*.

Eusebio levantó su largo torso mientras dejaba a un lado el azafrón. Después secó el sudor de la frente con el dorso de su antebrazo y suspiró como aliviado, pues muchas veces le ocurría que, después de un gran esfuerzo físico, cuando realmente más cansado se encontraba y cuando ya sentía que se quejaban todos sus huesos, era cuando experimentaba dentro de él, en lo más profundo de su interior, como una paz y una satisfacción increíbles, como una calma y un magnífico bienestar... Pero lo cierto era que nunca sabía porqué esto le ocurría así. Intuía que ello era debido a la conciencia plena y sublimada que tenía de que sólo las cosas que se conseguían con esfuerzo tenían verdadero valor; o quizá fuera que pensase que lo que se lograba con sudor era honrado. Por eso a él le gustaba conseguir siempre las cosas con denuedo y tesón. Al mismo tiempo, esa acusada percepción le llevaba a desdeñar todas aquellas profesiones de señoritingos que les posibilitaban el ganar el pan sin tener que sudar; y entre ellos - pensaba - los peores, los gobernantes y chupones de la política, gentes para las que siempre disponía de alguna ocurrente ironía o de alguna inconveniencia que poderles soltar.

* * *

Don Eleuterio Jiménez Pérez, alcalde constitucional de la ciudad, observaba tras el balcón mientras fumaba lenta y plácidamente su habano. Le complacía aspirar el aroma del tabaco, retener el humo en sus pulmones, y después, al expelerlo, hacer con él pequeñas fumarolas en círculo que inevitablemente terminaban por deshacerse al estrellarse

contra el cristal. Pero luego volvían a nacer, tras cada chupada del cigarro, haciendo que el ciclo se repitiera, continuo y cadencioso, una y otra vez. Y mientras permanecía en esos menesteres, su hierática y pequeña figura parecía configurar como un compendio de tranquilidad y quietud, un compendio que en nada permitía presagiar las tormentosas preocupaciones que su cabeza podía albergar.

Luego miró la hora en ese impresionante reloj que sujeto con leontina guardaba en el bolsillo izquierdo del chaleco, y pensó que aún disponía de unos minutos antes de dar comienzo el pleno extraordinario que las graves circunstancias le habían hecho provocar. Así que permaneció como anclado frente al ventanal contemplando el ir y venir ausente de sus convecinos, quienes, ajenos por completo a los delicados asuntos de la política, mataban las horas del día regateando entre los tenderetes del mercadillo el precio de algún nuevo cacharro, el de un par de quesos, o el de una buena carretada de estiércol para la nueva viña que acababan de plantar.

Contemplando ese bullicio, don Eleuterio no podía evitar un sarcástico pensamiento: “*¡Así es la vida!*” - se dijo -. *Unos nacen “pa” trabajar y otros “pa” dirigir ¡Lástima que el mandar suponga pasar tan malos tragos de vez en cuando!*” y continuó impasible fumando tras el balcón. A Don Eleuterio, ¡no cabía duda! La Constitución y la libertad le parecían algo demasiado grandioso y sublime que sólo hombres como él podían interpretar.

* * *

El Brigadier Don Ignacio La Cierva Peño, Jefe de la Milicia del Distrito, caminaba pausadamente por la amplia calle en dirección a la Casa Consistorial. Soplaban una suave brisa que golpeaba fría sobre su rostro: “*Engaña este solecillo*”- pensó, y al caminar fijaba alternativamente su mirada sobre una u otra dirección. Así pudo contemplar el comercio floreciente que bullía, el trajinar de los paseantes alternando de uno a otro lugar, los corrillos de hombres intercambiando comadreos, el pasar de la vida sencilla y monótona, y pensó entonces que su misión en esta vida consistía precisamente en salvaguardar dicha paz. Luego, quizá por comparación, no pudo menos que recordar de los ya lejanos años de las guerrillas, del hambre y la miseria por los montes, de los fríos de aquellos desamparados inviernos, de los abrasadores veranos calcinados por la intemperie y el sol, de las refriegas y emboscadas, del olor a pólvora y sangre, y de las muchas horas de cavilaciones siempre con la esperanza de concretar el ideal, hasta que por fin, los prohombres de la patria, parieron la Constitución ... Y luego el tan ansiado retorno de Su Majestad Fernando VII, y la tan execrable traición a la libertad con aquella vuelta al absolutismo ¡Cuántas ilusiones defraudadas! y como recompensa esa degradación moral con destinos militares en provincias secundarias siempre alejados de los centros de poder ¡Cómo no iban a conspirar ? Demasiados años aguantando menosprecios y vejaciones, demasiada injusticia acumulada, demasiado pago ruin a tantos años de

esfuerzo y sacrificio...

¡Sí lo negaba! Él, el Brigadier Ignacio La Cierva Peño, llegado a general de los ejércitos españoles por redaos, valor y méritos de combate, había sido uno de los primeros en sublevarse con Riego, y el artífice material de la restauración en la villa de la gaditana constitución. Un orden que permitía que brillara con auge el progreso: en la ciudad, en la provincia, y en todas las Españas... ¿Cómo iba él a permitir que un palurdo mostrenco le afrentara de aquella manera? ¿Cómo podía soportarse que tan zafio gañán pusiera en tela de juicio su trabajo y buen hacer?

* * *

La llanura estaba parda y oscura, húmeda por las últimas lluvias caídas, y en la extensa y triste plenitud de los suelos algún que otro punto – quinterías austeras – conseguía salpicar de blanco el uniformado marrón del solar manchego.

Eusebio Zarca, alias Aragán, oteó el horizonte e indiferente observó en la lejanía las estilizadas siluetas de los uniformados milicianos: resultaban inconfundibles recortadas sobre el infinito gris del horizonte. Después escupió ostentadamente sobre el amplio páramo, tiró hacia arriba de sus ostentosos pantalones, y sin mayor preocupación volvió a retomar su faena – zas, zas, zas – golpe tras golpe de azadón.

Los milicianos aún tardaron un buen rato en llegar. El viento silbaba fuerte y frío, y al margen del pequeño teso, junto al arroyo, un enorme chopo se estremecía arrojando al viento sus amarillas hojas, un viento que las hacía dibujar graciosas piruetas mientras caían, y que parecían con ello lograr disimular su inevitable final. Luego, yertas e inermes, rodaban por los suelos como si fueran maltrechos juguetes de furibundos vientos.

Cuando la patrulla miliciana alcanzó el predio y estuvo a su altura, el cabo que la comandaba le espetó:

- ¡Eusebio zarca, date presto en nombre de la autoridad!

Eusebio se incorporó y fijando sus chispeantes y soñadores ojos en el impasible y crispado rostro del militar, le contestó:

- ¡No jodas, Borrego! ... ¿En nombre de qué autoridad voy preso?

Se desconcertó el miliciano al sentirse ofensivamente apodado y un incontenible sentimiento de ira le estremeció.

- ¡Venga, Aragón, -dijo – déjate de coñas y acompáñanos!

- ¡Una leche! – Respondió Eusebio.

- ¡Vienes con nosotros por las buenas o por las malas! – dijo el miliciano mientras hacía ademán de apuntar con su moquete al interpelado -. ¡Tú decides!

- ¡No nos fastidies, Aragón! – intervino en tono conciliador otro

de los milicianos -. Ya sabes que nosotros sólo cumplimos con las órdenes que nos dan.

Eusebio Zarca, alias Aragón, miró ostentosa y provocadoramente al nuevo interlocutor, un muchacho bisoño de aspecto frágil y asustadizo, y blandiendo al viento con sus poderosas manos el azadón que portaba volvió a repetir:

- ¡Lo dicho! ... ¡A mí por las buenas no me lleva preso ni Dios!...

Los milicianos se miraron entre sí. Después lijaron sus acobardadas miradas sobre el cabo. Éste, miró a su vez, alternativamente hacia sus subordinados y hacia el impresionante energúmeno que era el "Aragón". De ese modo comprendió, de forma rápida y concisa que entre los tres no podrían con él. Así que después de sopesar la situación y de dudar durante un breve y tenso momento decidió bajar su mosquete y retornar al pueblo en busca de nuevas instrucciones o refuerzos para ejecutar la misión. Por eso, avergonzado y confuso, ordenó a sus hombres el regreso:

- ¡Esto no se va a quedar así! - amenazó el cabo mientras partía con su humillante claudicación oprimiéndole en el pecho.

Cuando los milicianos marcharon Eusebio sintió un breve suspiro de alivio. Sabía que todavía dispondría de unas horas más, por-

que volver iban a volver: “*Eso seguro*”, y esta vez sí que lo iban a llevar. Así que decidió dejar la faena y dirigirse hacia la pequeña quintería – poco más de dos murallas, dos hastiales y un tejado – que tanto esfuerzo le había costado levantar. Luego, cuando entró en la cocinilla, notó el calorcillo que emanaba de la cepa que lentamente se consumía al fuego y aspiró glotón el aroma que exhalaba el puchero que hervía entre rescoldos. Después miró la mula que permanecía en la cuadreja, los arreos que se mantenían colgados en la pared, e inesperadamente ¡Qué puñeta! se sentó sobre el camastro, agitó con las trébedes el fuego, apartó el puchero, y sin más historias, abriendo el saco del ható y dando un largo tiento a la bota del vino, se dispuso a comer.

Don Eleuterio Jiménez, alcalde constitucional de la villa, ocupó su puesto presidencial y declaró abierta la sesión. Para entonces el cabo Atenedoro ya le había informado de las nuevas: “*El Aragán*” de entregarse, “*na*”. Y Don Eleuterio, calmo por naturaleza, mente matemática hecha a pensar: “*Cógete más hombres y vete a por él... ¡ah! Y ni una palabra de eso fuera de aquí*” dio comienzo el Pleno, concediendo el turno de palabra al Brigadier

- Este Ayuntamiento constitucional -clamó el Brigadier- no puede ser impunemente vilipendiado. Un insulto, una amenaza, una ofensa, una injuria; no lo será sólo a nuestras respetables personas, sino que constituye un ataque a nuestra querida constitución, y por supuesto, a nuestro orden constitucional.

-¡Pero Don Ignacio...! – intentaba mediar el Alcalde -. Si sólo se trata de unas coplillas! ¡Ya sabe Vucencia como es el Aragón!

-¡Coplillas! ¡Unas coplillas! - respondía el Brigadier -... ¡Un atentado, eso es lo que es!

Y así pasaban las horas lanzando alegatos y discursos a favor y en contra de llevar hasta los más altos tribunales al Aragón.

- Debería vucencia considerar que estamos hablando de un buen vecino y de un buen patriota además. Y harto lo demostró cuando hubo que echarle agallas a lo de enfrentarse al francés -adujo el Alcalde-. Yo creo que es cuestión suficiente con que el Aragón haya sido amonestado públicamente. Si acaso, lo más, añadir una multa en metálico por su persistente reiteración.

El Brigadier Don Ignacio La Cierva era hombre colérico por naturaleza, pero también lo era bien curtido por su profesión y buen idealista comprometido. Y como tal, en su conciencia, mantenía una alta consideración y estima por aquellos todos hombres que durante la guerra, y sufriendo la desgracia de haber vivido en zonas afrancesadas, supieron ocupar su sitio y mantener viva la guerrilla en esas tierras de ocupación. Y el Aragón sin duda había sido uno de los mejores, de los más bravos de la población. Y a ciencia cierta que bien caro lo pagó cuando su padre y su hermano, apenas un anciano y un imberbe infeliz, fueron represaliados

y fusilados en el mismo cementerio de la ciudad. Así que, en la mente del Brigadier, dos sentimientos contradictorios buscaban el modo de alcanzar una connivencia feliz. Por un lado estaba la ineludible obligación, el riguroso deber, de mantener el orden establecido no permitiendo ninguna excepción: “*Y el Aragón no va a serla por muy patriota que sea*” por otro lado estaba la plena conciencia de lo injusto que resultaba utilizar los medios represivos del orden contra un hombre que tanto había dado por su misma culminación. Y entre medias, cómo no, siempre subyaciendo el sentimiento del orgullo herido:

- ¡Está bien! - manifestó el Brigadier -. Sea sancionado con multa de dos reales de vellón, pagaderos en forma inmediata y añádase a ello la obligación de ofrecer públicas disculpas a este Ayuntamiento.

Don Eleuterio sonrió en ese momento mostrando con ello su complacencia con la petición. En el fondo él siempre se creyó capaz de encarrilar el asunto hasta los límites tolerables que posibilitaran alcanzar una solución. Por eso no había tenido ni el más leve atisbo de duda al convocar a Pleno a su Ayuntamiento.

- ¡Sea, pues! - adujo el Alcalde; y como si emitiera un juicio final, dictaminó su sentencia a continuación - Comparezca mañana, día 3 de noviembre de 1822, a la hora del mediodía y ante este Ayuntamiento, el nombrado Eusebio Zarca, a fin de efectuar el pago de la multa estipulada y pedir público per-

dón. Adviértase al interpelado que de no acatar estas órdenes será entregado preso a la suprema autoridad gubernativa! -Y sin más preámbulos declaró cerrada la sesión.

La nueva corrió pronto cual reguero de pólvora por todo el pueblo. de barrio en barrio, de casa en casa, de boca en boca, y la morbosa expectativa creció de forma imparable ¿qué haría el Aragán?; porque a Eusebio sus convecinos le conocían bien: *“El Aragán no le baila el caldo a nadie - decían - y menos a semejantes espantajos como son los reunidos en el Pleno consistorial”*, opulentos comerciantes que no han sabido dar, en su momento, otra cosa que su dinero, y que ahora con creces se lo querían cobrar; y ellos en cambio, los que como el Aragán y tantos otros habían dado su sangre, desplazados del poder; elementos radicales les llamaban: *“Desde luego - pensaban – la cosa no había caminado por donde tenía que caminar”*

Y las sangres comenzaron a calentarse durante aquella larga tarde y mucho más durante aquella larga noche en la que los fuegos de los lares no se apagaron y los vasos de vino se prodigaron mientras las mentes lúcidas, las de que por saber leer en los papeles estaban más al tanto de la situación, comentaban las nuevas políticas dando pie a todo tipo de fabulación:

- Todo el Levante está a punto de sublevarse y ya son muchas las guerrillas que han vuelto a los montes – comentaban -; Muera la burguesa Constitución!

Eusebio Zarca, alias Aragán, permanecía tranquilo junto al fuego. Desde allí podía ver, tras el marco de la abierta puerta, las tres suaves colinas que al fondo delimitaban el comienzo de la serranía. Dos de ellas, en un primer plano, se dejaban como cabalgar por la que mucho más al fondo actuaba como de puente de unión entre las dos. Eusebio entonces se sorprendió en su observación al reparar en los distintos verdes que podía ver; estaba aquel verde oscuro que emanaba de la alfombra de abrojo y tomillar que cubría las laderas, y aquel verde pujante que aportaban los pinares con sus ramajes entrelazados, y cómo no, aquel verde azulado con el que parecían titilar las copudas encinas ... Y luego el contraste con los marrones de las vallonadas; eran marrones calmos y serenos, marrones solitarios, yacentes, esperanzados en su pronto y calmo roturar: “*Algún día, cuando La Mancha despierte*” - pensó. Luego, como entre dientes, comenzó a tararear aquella sórdida coplilla: *Y a esos que no trabajan / míralos en el balcón / políticos se llaman / defensores de la Constitución*. Después un silencio pétreo cubrió su rostro mientras su mirada parecía divagar más allá del horizonte. Forzó entonces una mueca de desagrado y abandonó la contemplación...

Cuando el cabo Atenedoro llegó con la nueva partida de milicianos, Eusebio Zarca ya se encontraba preparado. Por ello, sin oponer la menor resistencia, les acompañó...

Don Eleuterio Jiménez sintió nada más levantarse aquella agra-

dable impresión que algunas veces le embargaba y que le hacía encontrarse feliz. No sabía por qué ocurría esto, ni tampoco cuándo le iba a ocurrir, sólo sabía que algunas veces las mismas cosas le parecían como si le llenaran más; y entonces, cuando le ocurría aquello, a él le gustaba contemplar a su alrededor recreándose en el mirar; sentía en esos momentos como si cada uno de aquellos objetos que le rodeaban fueran una parte de su vida, y al regocijarse en su contemplación podía percibir que toda esa plenitud, que toda esa satisfacción, dimanaba sin duda sin duda del privilegio que suponía el ostentar el poder...

Luego hubo de salir a la calle y mirar cara a cara a sus convecinos. Allí vio que eran rostros preocupados y honestos los que le observaban, rostros quemados y llenos de arrugas, curtidos por el trabajo y el sudor. Le miraban con insistencia pareciendo inquirir ¿Qué vais a hacer con el Aragán?... y mientras caminaba hacia el Consistorio sintió cómo su primaria alegría se esfumaba dejando paso a la preocupación. Después, al llegar a la plazuela, frente al Ayuntamiento, comprobó que una abigarrada multitud ya se había congregado en ella, y que su tono, desde luego, lo era todo menos conciliador.

Cuando Don Eleuterio Jiménez, alcalde constitucional de la villa, abrió la sesión, el griterío de los concentrados frente a la Casa Consistorial resultaba ya ensordecedor; y por ende, el ánimo existente entre los pusilánimes ediles, abucheados y zarandeados por la turba antes de poder acceder al Consistorio, estaba la más bajo nivel ¡Allí todos querían acabar lo antes posible y de una vez!...

El Alcalde ordenó que Eusebio Zarca fuese conducido ante la presencia de la Corporación. Pocos minutos después el interpelado penetraba en el salón flanqueado por una escuadra de milicianos.

- ¿Y bien? - preguntó el Alcalde -. ¿Estás dispuesto a ofrecer tus disculpas a esta Corporación y a satisfacer la multa que se te impuso en nombre de la autoridad?

Eusebio Zarca permaneció por un momento como ausente. Su aspecto desaliñado, su elevada estatura y su fría mirada parecían como una airada provocación...

Después recorrió uno a uno los rostros de aquellos hombres hasta que detuvo su marmóreo semblante frente al rostro del Brigadier ...Luego pasó a fijar sus ojos en el primer edil, y entonces, con su hueco y ronco vozarrón le espetó:

- ¡Ni pago, ni me disculpo de “na”!

El revuelo que se formó en la sala de plenos fue consustancial al que se formó algunos momentos después en la plaza principal cuando la noticia, de boca del conserje-alguacil, llegó hasta los demás: *“El Aragón no paga, ni se retracta - dijo - y el Alcalde ha “ordenao” al Brigadier que prepare el traslado inmediato del preso hasta la capilal...”*

Entonces el griterío existente aumentó y las primeras piedras volaron haciendo añicos las cristalerías del balcón. Después, la milicia fue desplegada en torno al Ayuntamiento y el alcalde hizo llamamientos desde el balcón para que reinara la calma y la tranquilidad. Inmediatamente, un carro de varas fue preparado ante la puerta principal y el Brigadier y cinco hombres a caballo se pusieron delante de él: eran la exigua fuerza que escoltaría al Aragón.

Cuando amarrado y zarandeado el preso fue obligado a subir al carro, las voces se crisparon y el tumulto estalló: la gran masa arremetió contra los milicianos...

El Brigadier, totalmente histérico y fuera de sí, enarboló su sable reglamentario y lo descargó furiosamente una y otra vez contra la multitud; y así siguió hasta que una monumental y certera pedrada acertó de lleno sobre su frente y lo desmontó. Después su cuerpo fue engullido por las fauces de una masa que ya actuaba como si fuera un enloquecido león...

Los milicianos, asustados e incapaces de contener la situación, abrieron fuego... Y la sangre tiñó de rojo la tierra común: hoces, paños, garrotes, piedras ... Todo valía ya para ser utilizado contra la autoridad de ese régimen opresor...

Superada la barrera militar, la turba penetró en el Ayuntamien-

to... Y de allí volaron legajos, archivos, libros, y hasta los funcionarios y ediles que no habían acertado a escapar. Inmediatamente después, cuando las primeras llamas lamían la pira montada con tan insólito material, el cuerpo del alcalde, sangrante, apaleado, desfallecido y yerto, fue colgado por los pies del balcón municipal. Mientras, el Aragón, aclamado por la multitud enfervorecida, era paseado a hombros por la plaza...

Tres días después de tan luctuoso suceso, al mando del Brigadier Don Francisco Abad, Chaleco, una tropa de 4.000 hombres llegaba hasta la Villa. Su misión: restablecer el orden y detener, a cualquier precio, al cabecilla de tan sangriento motín. Pero para entonces Eusebio Zarca, alias Aragón, ya había tomado su propia decisión...Por eso, y en solitario, esperaba a la fuerza en las afueras de la ciudad.

Había partido de mañana, cuando la oscuridad comenzaba a ceder paso a las primeras luces del alba y recortadas siluetas de los silenciosos árboles empezaban a definir su característico perfil. Llevaba tristeza en su cara, dejadez en su mirada, aire ausente en su porte y emanaba dolor todo él...

La columna alcanzaba las proximidades de la población cuando el Brigadier chaleco contempló a aquél hombre solitario. Entonces ordenó a sus tropas detenerse y avanzó lentamente hasta situarse frente a él.

Eusebio Zarca: alto, desgarbado, seguro y digno, le miró altivamente. Luego, en voz bien alta le espetó:

- Me llamo Eusebio Zarca, pero aquí todos me conocen por Aragón... Y soy, según creo, el responsable de cuanto ha “ocurrió” aquí. Así que ya tiene al hombre que ha “venío” a buscar...

El Brigadier, hombre bragado acostumbrado a juzgar, observó detenidamente a aquel individuo que le interpelaba, y a pesar de su muy notoria y diferente condición, lo percibió entre la neblina igual a como fuera él mismo tan sólo unos años atrás: bravo, orgulloso, templado y varonil...

La lechosa bruma ya había comenzado a levantar. Entre su viscoso manto el Brigadier pudo distinguir claramente que el hombre estaba armado; pero aquello no le preocupó ¡Se preciaba de conocer a las gentes! y en aquel momento supo comprender que aquel pistolón no estaba destinado a atentar contra él, sino a un más excelso menester...

Luego observó impasible cómo Eusebio Zarca, Aragón, seguro de sí, levantaba lentamente su brazo hasta que pudo situar el arma que portaba sobre su sien. Después, y casi sin tener tiempo para reaccionar, vio como éste le dedicaba un forzado gesto - grotesco amago de sonrisa - e inmediatamente el estampido bramó...

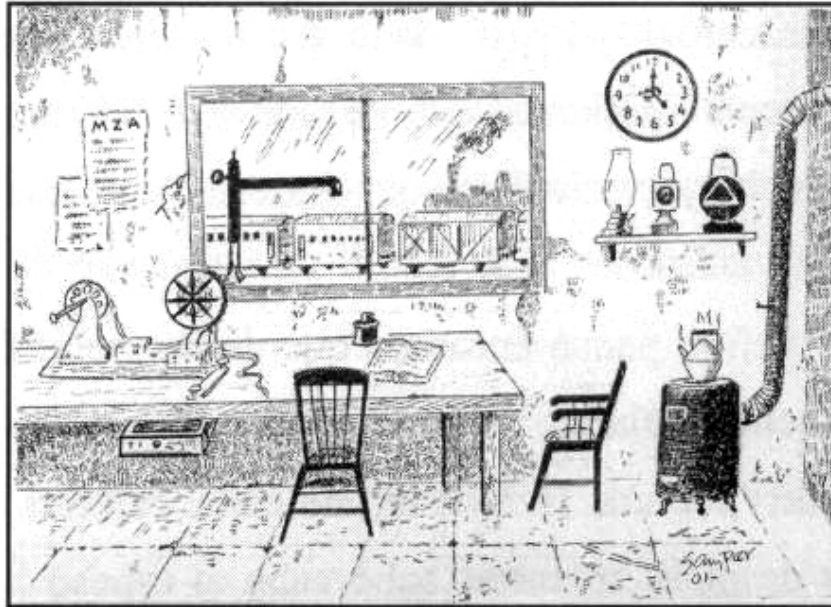
En aquel mismo día y tan sólo unas horas después de acontecido el suicidio, el orden constitucional fue restablecido en la ciudad...

En su informe oficial dirigido a la Autoridad, el invicto Brigadier reconoció expresamente que el nuevo derramamiento de sangre se había podido evitar sólo gracias a la honrosa opción de un hombre arrojado, un valiente y un patriota, que en tan dramáticos momentos supo elegir dar su vida a cambio de salvar la de su querida población.

La autoridad gubernativa, ante este hecho y tras analizar el informe, pudo dar por cerrado el caso; no encontrándose oportuno ni adecuado, dada la crisis política que se vivía, ordenar otras medidas de represalia. Al fin y al cabo, bien demostrado estaba que muy heroica y leal se había mostrado siempre la ahora convulsa población...

Correo 021:

Parada accidental



El crepúsculo despuntó oscuro y frío. En la pequeña habitación, sobre la estufa, una cafetera borbotaba inundando el ambiente con su aromático olor. Tras la tenue cortina de los empañados cristales se podía percibir el turbio y grisáceo cielo poblado por las densas y oscuras nubes de ese anochecer. Fue entonces cuando Don Avelino Llorca observó por tercera vez el reloj oficial que colgaba de la pared: pasaban diez minutos sobre las 19 horas. Luego, en un intento de cerciorar la veracidad de su indicación, tiró de la gruesa leontina que sujeta por un extremo a uno de los ojales del chaleco, portaba en el otro

el pesado reloj de bolsillo que siempre guardaba en él; y al coincidir éste en la indicación horaria, ya no le cupo la menor duda de que algo le habría ocurrido, porque Marcial, su subalterno, era un agente especialmente cumplidor “¡Quizá se hubieran adelantado los acontecimientos!” - pensó, dado que por ese tiempo el joven esperaba el feliz acontecimiento de la llegada de su primer retoño, y María, su mujer, llevaba ya varios días quejándose de molestias...

Don Avelino pensó entonces que debía prepararse para afrontar una larga noche doblando su jornada. Así que, lento y parsimonioso, comenzó a servirse una taza de la humeante cafetera depositada sobre la estufa, y después, mientras saboreaba el espeso líquido, se acercó hasta la ventana, limpió el vaho del cristal, y desde allí se puso a contemplar el aspecto de su estación. Así pudo ver el pequeño andén descubierto junto a la vía par, la pequeña grúa para la toma del agua, y un poco más allá, en las vías del apartadero, los enormes fudres preparados para la próxima carga de vino. Después pensó que la noche cerraría pronto y encendió los quinqués que, situados en urnas de cristal fijas en la pared, alumbrarían una noche más su querida estación.

Cuando telegrafió en código morse a las estaciones colaterales su continuación en el servicio, y luego que hubo subido hasta la vivienda superior para comunicarle a su esposa la incidencia acaecida,

se arrebuja en la silla del escritorio y contempló displicente los libros ferroviarios que tenía a su alcance. Después, cuando la tenue luz amarillenta del quinqué difuminaba ante sus ojos la percepción de los escritos, sintió como un ligero estremecimiento al recordar tantos años pasados en una u otra estación. Sin duda, la perspectiva de otra noche ante el tráfico ferroviario le evocaba las nostalgias de otros tiempos - dorados años de juventud- en los que animoso y esperanzado sólo tenía noches y noches que hacer en a cual más recóndita estación... ¡Qué tiempos aquellos!

* * *

Aristónico Ortega, alias Gorrinera, arrojó algunos maderos sobre la fogata en un intento de avivar el fuego; el crepúsculo languidecía y las primeras sombras de la noche caían indolentes sobre el improvisado campamento. Olía a monte y humus, a pino y a lavanda, y junto al camino surgía enorme la gran depresión geológica; silbaba el viento entre los pinos y el ruido de las pisadas indicaban que los hombres cumplían rigurosamente sus guardias de seguridad.

Aristónico Ortega, en ese frío y solitario anochecer, sintió a un mismo tiempo los mordiscos del hambre, de la impaciencia y de la sed. Luego revolvió entre las cenizas próximas y tomó una de las patatas

que se asaban junto a las brasas, la volteó mano sobre mano a fin de soportar la quemazón, y después de pelarla, comenzó a comer. No llegó a terminar la operación porque de pronto, con un colérico y airado movimiento, la arrojó lejos de sí. Después asió la bota del vino y bebió un largo y profundo trago; “*Qué asco de miseria*” -pensó. Luego, levantándose de un enérgico salto, secó sus labios con el dorso de su mano, soltó un sonoro eructo, y sin más dilación gritó las órdenes a la partida: “*Nos vamos ya*”. Y en unos minutos todo el campamento se colmó de agitación.

El teniente Don Policarpo Salmerón observaba con ojos escrutadores cómo los empleados de la compañía depositaban las cajas en el furgón. Al mismo tiempo comprobaba la distribución efectiva de sus guardias y el movimiento de los transeúntes por el recinto de la estación.

Para el joven oficial era esencial desterrar los excesos de confianza. Su propio coronel así se lo había indicado: “*Teniente, mucho cuidado con las confianzas y la rutina, que la sorpresa se agazapa en cualquier lugar*”; y él no estaba dispuesto de ninguna manera a permitirse fracasar en su primera misión. Quizá por eso todo se le hacía extraño y sospechoso: la pareja que sentada en el próximo banco no perdía un detalle de la operación, el mozo que cargando los bultos irrumpía una y otra vez en el vagón, la cuadrilla de jornaleros que agrupados unos me-

tros más allá fumaban con aire ausente, y hasta los propios empleados que efectuaban las operaciones le parecía que no actuaban con entera normalidad.

Cuando estuvieron cargadas las cajas, el teniente Salmerón, el Jefe de Estación y el Interventor de la compañía subieron al furgón, y tras cerrar la puerta corredera, procedieron a la apertura de tan importante cargamento. Ante sus ojos aparecieron billetes y monedas de curso legal que inmediatamente comenzaron a ser contados por el Interventor. Cuando acabó la operación el resultado estaba claro, 20.000 pesetas en billetes y otras 20.000 en moneda fraccionaria; total 40.000 pesetas, importe de las nóminas ferroviarias que habrían de transportarse a Madrid para su posterior distribución.

El teniente Don Policarpo Salmerón cerró personalmente los cerrojos de seguridad, firmó el recibí conforme de la partida, esperó a que bajasen los agentes ferroviarios y ordenó subir a los guardias de la escolta: cinco hombres que ocuparon las cuatro esquinas del vehículo y el frontal de la puerta de acceso; él mismo se situó junto a las cajas del envío, y comunicó de viva voz que estaba dispuesto a partir. El tren salió de la cordobesa estación a las 11.00 horas de la fría mañana del 14 de febrero de 1880...

* * *

Don Avelino Llorca posó su mirada sobre los libros inclinados de la estantería que parecían vivir expectantes a la espera del momento en que habrían de desplegarse ante los ojos del lector. La habitación era pequeña, recogida, oscura, y tenía sus paredes ennegrecidas por el humo que desprendía la estufa de carbón.

La noche había caído ya totalmente. Entonces Don Avelino decidió efectuar una ronda de inspección: salió afuera, observó el solitario andén y comenzó a caminar alumbrándose con uno de los farolillos de aceite; llegó hasta la vía muerta junto al muelle, subió a éste para comprobar que sus puertas permanecían cerradas, recorrió luego unos metros hasta alcanzar los puestos de agujas y comprobó también su correcta posición; después inició el regreso caminando muy despacio. El viento le golpeaba en el rostro y traía hasta su olfato el olor fuerte del vino que aquella tarde había sido objeto de carga y facturación. Ello despertó en su alma el sentimiento de viejas y hogareñas reminiscencias: la figura de su severo padre vigilando el progreso de sus estudios, la exaltación de los ideales que tan fuertemente le inculcó; el valor de la libertad y el honor, la confianza en los nuevos valores políticos, en un futuro de progreso, y cómo no, la esperanza y la fe ciega en una vida apacible y hogareña, una vida plena de decoro y honorabilidad. Muy atrás quedaron ya, afortunadamente, los tiempos revolucionarios de su niñez, tiempos en los que todo eran cambios y más

cambios, necesarios sin duda para alcanzar ese mundo mejor, pero tan dolorosos...

Luego vinieron a su mente los buenos tiempos de O'Donnell ¡Aquello si que fue una buena época! ¡Cómo lamentaba no haber partido con Prim hasta México! Pero para entonces ya el ferrocarril le había llamado, y él tuvo que conformarse con contribuir al mejor servicio a su patria desde su ferroviaria posición. Y precisamente desde su pequeña y anónima estación había visto, cual atalaya, avanzar el progreso, crecer los cultivos y cosechas, avanzar el orden... La vida en calma y con honor habían, por fin, llegado al país ...

Después la fría realidad tornó a su espíritu y Don Avelino se extrañó al sorprenderse así mismo pensando en alta voz. Luego, cuando penetró de nuevo en su oficina, el calorcillo del ambiente en contraste con el frío exterior le resultó especialmente acogedor...

* * *

Aristónico Ortega, alias Gorrinera, cabalgaba lentamente por entre las sombras de la noche mientras dejaba que fuera el instinto del animal el que encontrara la debida orientación. Tenía por tanto tiempo para pensar, para planear todos los detalles, hasta la más mínima improvisación,

y sin embargo, su mente exaltada y despierta por las convulsiones del frío, volaba lejos de allí, lejos de aquel momento, hacia otro tiempo y lugar.

Decían que había llegado la libertad, que se habían acabado los Señores y que ya los privilegios sucumbían; y había observado a su infeliz progenitor, colono de Señor, saltar de alegría ante la abolición de los señoríos. Pero también había visto con desilusión que con el pasar de los tiempos nada cambiaba, ni en los campos, ni en sus vidas. Luego, un buen día, se presentaron en la aldea importantes caballeros que dijeron ser, escribientes, notario y alguacil, y que una vez reunieron a los antiguos colonos les pasaron a comunicar que las tierras que siempre habían trabajado ahora eran propiedad particular, y que su propietario, casualmente, era el mismo Señor al que antes sirvieron, pero que los nuevos tiempos traían aires de libertad: por tanto eran muy libres de quedarse o marchar... No obstante, aquellos que se quedaran ahora tendrían que arrendar las parcelas que siempre trabajaron y la quintería en la que hasta entonces vivieron. Y así fue como esos hombres dejaron de ser colonos de Señor, para pasar a ser jornaleros en libertad.

Se quedaron ¡Qué otra cosa podían hacer! ¡No tenían adonde ir! Firmaron arrendamientos abusivos que posibilitaron su explotación, y el hambre y la miseria golpeó con fuerza a los noveles jornaleros que

ya aborrecían de los modernos tiempos y la libertad. Y la añoranza de aquel pasado en el que al menos eran suyas las cosechas a cambio de un diezmo, se sobrepuso sobre esa modernidad que les privaba de las cosechas para entregarles a cambio un jornal, un jornal que ni para pagar los arrendamientos les llegaba... Así la frustración y la ira crecieron al unísono de la injusticia y la iniquidad.

Aristónico era un niño cuando vio partir a su padre con la primera facción, y seguía siendo un niño cuando, tiempo después, los soldados llegaron a la aldea arrastrando maniatados como despojos a los viejos jornaleros. Los fusilaron en presencia de sus hijos y mujeres para escarmiento general... Aristónico vivió así una adolescencia marcada por el hambre y el odio, un odio que forjó en su mente una sola obsesión: acabar con ese nuevo orden político que tanto les oprimía bajo el nombre de la libertad.

Contaba quince años cuando se unió a la partida, y vagabundó durante veinte años más hasta que con el estallido de la tercera guerra, él ya pudo formar su propia facción: la facción del Gorrinero; un alias que bastaría sólo nombrar para sumir a toda la comarca en el más profundo terror.

* * *

El teniente Don Policarpo Salmerón observó como asomaban las luces en la oscuridad de la noche indicando que ya estaba próxima la siguiente población. Cuando arribaron a ella pudo comprobar que al menos medio centenar de personas pululaban por la estación. Estaba fría la noche, y en las vías contiguas otros trenes esperaban como hambrientos su próxima carga... Luego sonó nítido el tañido de la campana, silbó de modo estruendoso la locomotora, y el tren volvió a partir.

Tras los cristales la mirada del joven oficial se perdía escrutadora en la opacidad de la noche; al fondo podía apreciar como titilaban las minúsculas lucecitas de una lejana población que ajena a la velocidad y al progreso se sumía en su silencio somnoliento. Después fijó su mirada en los guardias de su escuadra y apreció como dormitaban en sus asientos sin que entre ellos mediara la menor conversación. Se acercaban a la gran urbe cruzando las apáticas y yermas llanuras manchegas. Las paradas se sucedían, y las indolentes sombras humanas iban accediendo al convoy. El oficial, como en una ráfaga de inspiración, pensó que aquellas gentes que iban y venían constituían el aliento, la fuerza vital que conseguiría hacer que la gran ciudad se pusiera en marcha otro día más.

Después Don Policarpo Salmerón percibió el silencio que reina-

ba en el furgón y le pareció terrible y frustrante ¿ Por qué no conversaban sus guardias ? ; y maldijo el sueño y aquella obligación que tanto uniformaba y tanto ocultaba embridando sin piedad las pasiones de esos militarizados seres, porque el teniente Salmerón era consciente de su importante rango en la escala social, del privilegio que suponía el haber saltado la imponente barrera de la mediocridad. Y apreciaba ese nuevo orden que lo había posibilitado ¿Acaso si él lo había logrado no podían conseguirlo los demás? ¡Evidentemente que sí! sólo hacía falta querer y esforzarse por alcanzar lo que uno anhelaba. Bueno, quizá también hicieran falta cierta cantidad de luces en la sesera, pero en el fondo, voluntad, trabajo y tesón era lo que importaba. Así que a él no iba a engañarle la presencia de la pobreza que se veía por doquier; en el régimen de la libertad -según su pensamiento- la pobreza no era otra cosa sino falta de cualidades, vicio y depravación. El nuevo mundo estaba destinado a los activos y virtuosos emprendedores que, por eso mismo, eran premiados con su elevado status social: haraganes eran todos los demás...

Luego observó sus estrellas en la bocamanga y sonrió satisfecho: la vida se le presentaba gozosa y espléndida con todo un futuro prometededor.

* * *

Cuando Don Avelino Llorca, al entrar en su oficina, contempló a aquellos hombres arrebujaados junto a la estufa sintió un fuerte golpe en lo más profundo de su corazón. Después el miedo recorrió todo su cuerpo, porque la indumentaria y el cariz que presentaban aquellos facinerosos le hicieron inmediatamente comprender. Pese a ello, y aun conociendo de antemano la respuesta, aún pudo preguntar:

- ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué buscan aquí? ...

Le miraron en silencio, sin responder, y siguieron frotando sus manos ante la estufa. Después uno de ellos, el que sin duda comandaba el grupo, le miró fijamente y el Jefe de Estación sintió como si esas pupilas se clavaran a fuego sobre él:

-¡Siéntese! -le ordenó-. Después, acercándose y aproximando su rostro hasta él, le dijo en voz muy baja - Me llamo Aristónico Ortega, pero mis amigos me llaman Gorrinero!

Y Don Avelino Llorca, entre asombrado y atónito, tomó plena conciencia de la tragedia en que su vida acababa de caer.

- La cuestión es fácil -dijo el Gorrinero-. Se trata de que hoy el Correo de Andalucía se detenga en esta estación.

- ¡Imposible! -Masculló sudoroso el Jefe de Estación-. Es un tren directo, sin parada ¡No se puede detener! ...

- ¡Mira que bien! -exclamó el Gorrinero-. ¿Y para qué piensas

que hemos venido a visitarte a ti... Quizá para ver tu bonito uniforme ?...

En esos momentos el receptor telegráfico comenzó a funcionar emitiendo como unos agudos sonidos. Don Avelino lo miró. Después fijó su mirada en los ojos del Gorrinero y comprendió por su expresión que quería saber lo que el morse decía:

- El correo ha salido de la inmediata estación -comentó Don Avelino-. En treinta minutos pasará por aquí.

El macilento hombre sonrió displicente y como con indiferencia. Después preguntó:

- ¿Cómo lo detendrás?

Pero ya en esos momentos la cabeza de Don Avelino trabajaba a toda velocidad. Él sabía, había comprendido durante esos instantes, que sin su colaboración no lo podrían hacer. Sabía también que esos desalmados ignoraban por completo la práctica ferroviaria... De modo que si actuaba con habilidad...

- Debo telegrafiar a mi colateral advirtiéndole que el tren circula con el horario previsto.

- ¡Hazlo! - ordenó el Gorrinero-. Y por tu bien procura no equivocarte ... Luego, mirándole fijamente desde el profundo negro

de sus ojos añadió: ¡No me gustaría tener que ordenar a mis hombres que fueran a buscar a tu mujer! ...

La figura del Jefe de Estación pareció encogerse de repente. De pronto su cara quedó demudada por un sentimiento de horror: aquello era algo que escapaba a sus cálculos y comprensión ¿Serían capaces? Y comprendió que sí, que serían capaces de cualquier atrocidad...

Avanzaban lentas las horas de la madrugada y el traquetear del tren acunaba como apacible nana a los hombres que viajaban en el furgón. Tras los cristales se mostraba un claro de luna y el teniente Don Policarpo Salmerón se sorprendió ante la visión desdibujada de las hileras de encinas sobre las faldas de los tesos. Después quedó como extasiado ante la enorme variedad de los ruidos nocturnos que proliferaban por doquier. Era curioso -pensó- cuando se escucha con tranquilidad, lo mucho que puede llegar a sorprender la animación que toman las cosas en el silencio de la madrugada. Y así su mente pudo revolotear hasta aquellas cálidas noches de verano en las que siendo él muy niño dormía junto a su padre -un buen hombre hecho a las soledades del campo- en una manta tirada sobre el suelo del corral y recordaba todos aquellos noctámbulos ruidos: el agua que manaba en el venero del pozo, la tierra que se contraía, la pared que se agrietaba ¡cuántos sonidos misteriosos! era como un mundo nuevo que despertaba en el silencio...

Ahora al prestar atención escuchaba y sentía el crujido de las maderas, el crepitar del aceite en el farol, las toses de sus subordinados, incluso su pausado respirar y el latido de su corazón, y como música de fondo siempre el monótono y rítmico traquetear del tren.

Luego una larga frenada alertó sus sentidos. Después pudo observar el exterior; la oscuridad le indicó no hallarse próxima ninguna población. Pero el tren siguió aminorando su velocidad hasta que avanzó muy lentamente. El oficial entonces optó por entreabrir la puerta del furgón desde donde pudo ver en la lejanía una prominente luz roja agitada vivamente con un farol ¡Sin duda el tren iba a efectuar una extraña y no prevista parada! Por eso, cuando el Correo 021 se detuvo en aquella pequeña y solitaria estación, el teniente Don Policarpo Salmerón ya tenía bien alertados y distribuidos a sus hombres en precaución de aquello que pudiera pasar.

Don Avelino Llorca temblaba de miedo y nerviosismo al aproximarse al furgón. A su lado, arropado con un capote ferroviario, caminaba Aristónico Ortega, alias el Gorrinera. Soplaban el viento con fuerza y el farol, todavía con la luz roja indicando parada, penduleaba del medroso brazo del Jefe de Estación.

Mientras avanzaba, Don Avelino se hacía conjeturas sobre lo in-

creíble de su situación ¿Cómo era posible - pensaba - aquello que le estaba ocurriendo a él ? ¿Cómo era posible en los tiempos que corrían hechos de semejante magnitud? ¿Acaso no había llegado la modernidad y el progreso? ¿Acaso el hombre no había comenzado a vencer a la noche, al frío y a la distancia? ¿Quizá estos hombres no comprendían la grandiosidad de esta nueva época de grandes inventos y libertad ?...

Mascullaba sus pensamientos como letanías cuando le sorprendieron las firmes voces de mando: “*¡Alto! ¡No avancen más! ¡Identifíquense a la Guardia Civil!*” que el teniente Don Policarpo Salmerón les dirigió desde el oscurecido furgón. Después, Don Avelino, atemorizado e incapaz de serenarse, detuvo su indeciso caminar. La voz volvió a inquirir: “*Identifíquense a la Guardia Civil*”. Pero para entonces el Jefe de Estación, Don Avelino Llorca, había perdido todo su dominio y coraje y temblaba ostensiblemente ante lo apurado y grave de la situación. Intentaba hablar, pero su voz no respondía. Intentaba caminar, pero sus piernas parecían ancladas sobre el terreno. A su costado, Aristónico Ortega, alias el Gorrinero, le apremiaba con urgencia insistiendo: “*¡Contéstele! ¡Contéstele, maldita sea, o le vuelo la cabeza!*”...

El teniente Don Policarpo Salmerón barruntó la encerrona y des-

de la minúscula rendija entreabierta de la puerta del furgón apuntó con seguridad su arma de reglamento. Sintió cómo su dedo índice ejercía presión sobre el gatillo al mismo tiempo que unas gotas de sudor caían sobre su rostro ¡Iba a matar a un hombre! Y era plenamente consciente de su acción...

Entonces, la voz sonó débil, como ausente y quebrada: *“Soy Avelino Llorca, el Jefe de Estación. He recibido un mensaje telegráfico para entregar al señor Oficial”...*

Y la tensión cedió por ensalmo...El Teniente, tras una leve vacilación, respiró visiblemente aliviado. Después bajó su arma:

- Bien... -dijo- ¿Y quién es el hombre que le acompaña?

Y Don Avelino Llorca, aturdido, aterrado, incapaz de dominarse, vencido ya por los acontecimientos y sin saber lo que decía, le respondió con incierta seguridad:

- Es...es... - tartamudeó - es... El bandido Gorrinero...

Y las denotaciones, terribles y ensordecedoras, estallaron al unísono iluminando la noche...

Aristónico Ortega, alias el Gorrinero, disparó con rabia su

trabuco sobre la rendija entreabierto de la puerta del furgón y observó, a un mismo tiempo, el enorme boquete que sus postas abrían sobre la madera y las deflagraciones que surgían desde el interior.

Después el tiroteo entre los hombres del furgón y los asaltantes fue largo y confuso...

Comenzaba a amanecer cuando en la oficina ferroviaria de la pequeña estación sonaban reiterativos y lentos los monótonos golpes del código morse: *“Recibido SOS... Se envía expedición”*. Mientras, sobre el helado campo manchego, los atónitos pasajeros del accidentado convoy habían descendido y contemplaban incrédulos el tétrico desenlace de tan audaz operación.

Después llegó la fuerza enviada como respuesta al cable telegráfico. Ante su superior militar, uno de los guardias, quizá el de mayor antigüedad, se cuadró:

- ¡A las órdenes de usted, mi comandante!
- ¿Bajas?
- ¡Tres! Nuestro Teniente, el Jefe de Estación y uno de los bandidos, al parecer el llamado Gorrinera ...
- ¿Y la nómina y el resto del envío? ...
- ¡Sin novedad! ...

El Correo 021 llegó a la madrileña estación de Delicias en la mañana del 15 de febrero de 1880 con seis horas y media de retraso sobre el horario previsto... Y la nómina del personal ferroviario fue distribuida a continuación sin más incidencias ni demoras ...

Al día siguiente, una breve reseña en *El Imparcial* daba cuenta de la brillante acción de la Guardia Civil y de la muerte de tan conocido faccioso. Del asalto al tren, jamás se habló...

